

Reseñas

HERNÁN GODOY URZÚA. *El oficio de las letras*. Estudio sociológico de la vida literaria. Edit. Universitaria, Colección Manuales y Monografías, nº 8, Santiago, 1970.

Hernán Godoy Urzúa nos acaba de brindar una obra realmente estimulante, *El oficio de las letras*. Para los que bajo la experta guía del profesor Iñigo Madrigal hemos dedicado largo y fecundo tiempo al análisis estructural genético de la literatura hispanoamericana y chilena, este libro de Hernán Godoy es una gran satisfacción. Porque no era fácil, y aún no sigue siendo del todo fácil, adentrarnos en una Sociología de las Formas Literarias chilenas sin tener a la vista esta serie de presupuestos sociológicos que nos ofrece *El oficio de las letras*. Por lo general —y de algún modo lo señala Godoy— los intentos de análisis sociológicos de las formas hasta hoy intentados, en su gran mayoría, han partido deficitariamente no del dato experimental, estadísticamente comprobado o positivo, sino desde una perspectiva ideal o normativa, apelando más a la intuición que a la científica comprobación.

Hernán Godoy, por primera vez, en este campo, toma tierra; establece las bases o condiciones previas, dentro de una línea de seria investigación sociológica, para facilitar el otro quehacer, aquel que visualizará, dentro de la obra de literatura chilena, cual sea y como sea la génesis y estructura sociológica de sus formas literarias.

El aporte de *El oficio de las letras*, tan promisorio para nuestras investigaciones chilenas —por estas exploraciones de desconocidas regiones sociológicas de nuestros escritores y brindar esas otras positivas herramientas al crítico de la sociología de las formas— no es menos digno de loa por su proyección más amplia al ámbito latinoamericano. Godoy inicia así su libro: "La investigación cuyos resultados se presentan en este libro es tal vez una de las primeras que se hayan realizado en América latina dentro del campo de la sociología de la literatura" (p. 11). Nada más cierto. Sabemos como lo hasta aquí realizado en estas áreas de investigación no han tenido, dentro y fuera de nuestro país, otro valor que el de simples sondeos o intentos de acercamiento al problema. La bibliografía ya de por sí es muy escasa, lo que no deja de ser significativo. En Chile, Domingo Melfi, *El Viaje Literario*; Alone, *Historia Personal de la Literatura Chilena*; Raúl Silva Castro, *Panorama de la Novela Chilena* y algunas otras obras de Ricardo A. Latcham y Fernando Alegría; fuera de Chile Agustín Yáñez, *El Contenido Social de la Literatura Iberoamericana*; Adolfo Prieto, *Sociología del Pueblo Argentino*;

Alfredo Zun Felde, *Índice Crítico de la Literatura Hispanoamericana. El Ensayo y la Crítica*; Pedro Henrique Ureña, *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*; Ellison Fred, *El Escritor* (publicado en *Continuidad y Cambio en América Latina*), y algunos pocos más. Como es fácil observar, una bibliografía sobre sociología de la literatura hispanoamericana bien poco alentadora. Puede leerse, por lo demás, la revista *Aportes* (Nº 8, abril 1968), número especial dedicado al tema y tendremos confirmado y configurado definitivamente el panorama y carácter embrionario en que aún se encuentran estos estudios de sociología literaria.

No es nuestra intención dejar una imagen óptima de *El oficio de las letras*. En ningún caso pretendemos señalar que *El oficio de las letras* sea en este aspecto definitivo. Son evidentes sus limitaciones. Así el enfoque de este estudio sociológico chileno está tomado de un modo extrínseco al fenómeno literario, lo contempla sólo en su dimensión social y, lo que creemos es más cuestionable, lo sitúa en la sociedad en forma análoga a los hechos económicos, políticos y religiosos. Algo de tanta importancia como es ver el hecho literario como un valor, medirlo desde su eficacia estética, aquí, en *El oficio de las letras*, ciertamente no se niega, pero no se trata. Hernán Godoy nos señalaba, en una interesante entrevista sostenida con él, que su objetivo ha sido investigar las perspectivas sociológicas del fenómeno literario chileno, y nada más. Es de agradecer, porque en realidad faltaban estos aportes, pero ¿no hubiese resultado una obra más apetitosa si hubiese reducido el aparato estadístico, esencial, pero atosigante, a unas cuantas páginas esquemáticas al final de la obra y, en el grueso del libro haber abordado sociológicamente el fenómeno literario en su doble vertiente extrínseca (sociología del escritor, el público, el mercado, la crítica, etc.), e intrínseca (sociología y estructura de la obra, sociología y creatividad, motivos sociológicos estructurales, etc.). Sabemos que Godoy es uno de los pocos investigadores chilenos a quien esto se le puede exigir, porque al competente investigador (revelado en Chile), une las dotes del filósofo (enriquecidas en España) y una gran preparación para la sociología de la literatura (conseguida bajo Leo Lowenthal en Estados Unidos). Por lo demás, sabemos de su fácil manejo del estructuralismo genético (léase L. Goldmann) y las sabias sistematizaciones de Leo Lowenthal, Hugh Duncan, Robert Escarpit, Albert Memm y otros.

Estas limitaciones de *El oficio de las letras* se capta ya desde los primeros capítulos, al llegar a la página 232 se confirma de modo definitivo. Son los mismos encuestados quienes se van a preguntar, cómo lo hemos hecho nosotros, hasta qué punto esta investigación, tan exteriorizante, perfeccionará o será útil en algún aspecto al escritor como tal. Porque el escritor chileno que busca en su oficio, como confirma la misma encuesta, "una necesidad interior de realización" (un 45% de los encuestados), o "un afán de expresión y comunicación" (el 18%), o bien, "un afán lúdico" (el 6%), a este escritor chileno cuya mayoría tiene una imagen de sí netamente artística (p. 51), a la verdad que *El oficio de las letras*, tan frío, tan exteriorizado del fenómeno literario, tan estadístico, no le dice gran cosa. Y lo creemos así, ya que medir al escritor por sus aspectos cuantitativos más que cualitativos pudiera llevar fácilmente a engaño. Así lo han entendido, como digo, varios encuestados al señalar la poca utilidad que para los es-

critores van a tener estas investigaciones; la esquematización de la encuesta que tecniciza declaraciones internas no fácilmente reductibles a fórmulas; y, sobre todo, la ausencia de preguntas tan fundamentales como aquellas que debían referirse al proceso interno que conduce la obra a una elaboración final.

Tenemos la obligación de presentar *El oficio de las letras* desde otro ángulo, muy querido para Hernán Godoy; su obra inicia un capítulo (¿primer capítulo existente?) sobre la sociología del intelectual chileno. En este aspecto *El oficio de las letras* vendrá a fundamentar en unos casos y corregir en otros, desde Chile, interesantes y recientes investigaciones sociológicas sobre el tema del intelectual.

Preocupación por definir y tipologar a los intelectuales, definir su función social y pública, restablecer su puesto en una sociología del conocimiento, aclarar su contribución a la creación de la "imago mundi", etc., es hoy uno de los intentos más preocupantes de varios investigadores como Max Weber, Karl Mannheim, Robert Mitchels, Joseph A. Schumpeter, Florián Znaneicki, Raymond Aron, Edward A. Shils, Seumour M. Lipset y otros; sin embargo, también aquí como en el caso de la sociología de la literatura y la sociología de las formas, los estudios adolecen de exceso de teorización y generalizaciones. La obra de Godoy sin duda prestará a éstos y otros investigadores su valiosa experiencia positiva desde Chile. Así, por vía de ejemplo, la hipótesis del sociólogo Carle C. Zimmerman (publicada en *La Sociología y las Sociedades en Desarrollo Industrial*) sobre el nuevo tipo de inteligencia que emerge en el siglo xx, formada por intelectuales de clase media, se avalará aunque también tendrá que corregirse en otros aspectos, después de la lectura del hecho chileno que señala Godoy. Dígase lo mismo sobre el carácter intersticial del intelectual, tal como lo plantea Karl Mannheim en *Ideología y Utopía (Introducción a la Sociología del Conocimiento, o las funciones que ha de cumplir el escritor, que desde otro ángulo es estudiado por Raúl Castagnino en ¿Qué es literatura? Naturaleza y Función.*

Godoy no entra en su libro a un estudio comparativo entre estas investigaciones suyas chilenas y las teorizaciones e investigaciones de otros estudiosos extranjeros; pareciera ser ésta una labor suya posterior. Sí, es cierto, apunta de camino algunas coincidencias con investigadores, como los ya citados y claras diferencias con otros, como Norman W. Storer, a quien dedicaba un mayor espacio.

Finalmente, dejemos constancia, hablando ya un poco para casa, de algunas sorpresas que la obra de Hernán Godoy nos depara. El mismo, nos confesó, fue realmente sorprendido por ellas.

Sea la primera aquélla que se refiere a las tan cuestionadas generaciones literarias chilenas; ¿no es significativo saber que de 250 escritores encuestados cerca de un centenar se niega a tales ubicaciones, cuando no niega la existencia de generaciones literarias en Chile?; y de los que contestan "nuestras informaciones permiten identificar —concluye Godoy— promociones literarias, pero no tenemos la seguridad de que constituyan realmente generaciones" (p. 195).

Entre todas, la más vapuleada es la llamada generación del 20; ya antes que Godoy el investigador portorriqueño Bonilla se había preguntado ¿quiénes son y qué dejaron estos escritores? Con la investigación de *El oficio de*

las letras queda patente la inconsistencia de tal grupo, así como la débil coherencia de sus líneas definitorias. Si bien es cierto que, este tema de las generaciones, en sus líneas más generales, coincide con el estudio hecho diez años atrás por Cedomil Goié en *La novela chilena. Tendencias y generaciones* (Anales de la Universidad de Chile, Nº 119).

Se habla hoy igualmente del carácter comprometido de nuestros literatos o al menos se cuenta con ellos para una política decididamente cultural. La estadística de Godoy, que no es de derecha ni de izquierda, porque se ha ajustado a las reglas de la más científica estadística, como cabe en un investigador como es él, nos indica que hay que tomar el hecho con ciertas reservas. "Sólo una decena de autores considera que para que el escritor pudiera vivir consagrado a su oficio, se requerirían cambios fundamentales en la estructura de la sociedad" (p. 201). Esta débil conciencia popular del escritor se acusa además al señalar cuáles sean las prioridades que ellos consideran como más urgentes en el país. El tema de la miseria e injusticia social ocupa un puesto muy importante, pero no el más importante. Más aún, "la vinculación del escritor con la sociedad se caracteriza en consecuencia por un peculiar desarraigo; no se sienten identificados con ella en sus formas actuales" (p. 86). En consecuencia, expresan su simpatía por el pueblo, casi todos, pero prefieren eludir conscientemente las relaciones que existan entre sus obras, ellos como escritores, y su militancia partidista.

En ningún caso, y esto debe quedar muy patente, el escritor chileno es un enajenado social. La idea de un escritor hispanoamericano arielista es algo que desean y fomentan desde el extranjero investigadores al servicio de intereses imperialistas. Esta imagen del escritor hispanoamericano, como un ser que dialoga con las estrellas, es exportada desde Estados Unidos para consumo nuestro. En lo que a Chile se refiere la trampa no funciona bien la encuesta que analizamos indica que el escritor chileno no va a ser un elemento disfuncional para el desarrollo.

De algún modo ligado a esto, se encuentra otra idea falsamente arraigada en nuestro medio; es aquella que tiene que ver con la creencia sobre el origen proletario de nuestros escritores. Nada más errado y nada más cierto todo lo contrario. Es la clase media y la clase alta el lugar de origen de la mayoría de nuestros escritores. Ellos mismos lo confiesan.

¿Y sobre la influencia social del escritor? Desde los tiempos de la Enciclopedia se vino creyendo, cada vez más, en el famoso aforismo *idea movent moles*. Actualmente, en lo que a Chile se refiere, la influencia de los escritores es detectada como difusa. El escritor no dialoga con el lector sino mediatizado, y por verdaderos poderes coactivos como son el editor, el crítico, la imagen de tal o cual figura representativa a quien muchos escritores creen modelo incuestionable.

Por lo demás queda patente su marginalidad de los medios de comunicación, ¿qué fue de las páginas literarias dominicales de "El Diario Ilustrado", "El Mercurio", "La Nación"? ¿las actuales organizaciones de escritores son fuente de irradiación, como lo fue en su tiempo el Ateneo, o más bien de protección?, ¿las academias de colegios que fueron, como la del Liceo San Agustín, verdaderos trampolines que lanzaron reconocidos escritores, tienen hoy una fuerza hacia el futuro? El escritor chileno tiene una con-

ciencia de ser, en gran medida, un ser frustrado. Pensamos que es otra sorpresa nada alentadora que nos ofrece *El oficio de las letras*.

En Chile, al hablar de letras, se habla de Santiago, ¿habrá que seguir hablando igualmente de ese modo absoluto? Pensamos que no. Santiago no es socavado aún como sede cultural, pero los centros culturales de provincia, que se creía eran muy pocos, detecta Godoy no sólo que son muchos sino, lo que es más alagador, encierran una gran apetencia literaria. Una política cultural deberá poner énfasis no tanto en crear más centros, como pareciera intentarse, sino en activar los ya existentes.

Y un último mito destruido por Godoy, el de aquellos que al hablar sobre la altura actual en que se encuentra la narrativa hispanoamericana piensan en la pobreza imaginativa de nuestros escritores. Para qué detenernos en los argumentos que manejan el carácter de isla que tiene nuestra geografía, un no superado provincianismo, etc. Nada más equivocado. Droguett denunció con fuerza, a raíz de su designación como Premio Nacional de Literatura, que los editores, y no otros, son los verdaderos enemigos de los creadores. La voz de Droguett se hace más de un centenar de voces en *El oficio de las letras*.

Una obra la de Godoy que dice mucho pero sugiere más, cita, pero más que nada incita, resuelve muchas cosas y a la vez plantea y abre luces para otras muchas más. Su frío esquematismo estadístico encierra, como esas inocentes fórmulas químicas, una peligrosa carga explosiva. Todo está en saberla utilizar bien.

CÉSAR GARCÍA ALVAREZ